

LEONOR

POR

JOSE POSADA

...Al alto espino donde está su tierra...

ERA como en la fotografía se ve. Ella tenía la viva adolescencia de los campos más difíciles de España, el más alegre espíritu de la tierra, de la pobre tierra soriana. Era menuda y trigueña, de alta frente y de ojos oscuros, como una doble avispa penetrante. Le gustaban las lecturas, pero su nuca tersa y sus lóbulos encendidos, con el broche de sus labios en sonrisa, cerraban la frescura espesa de sus mejillas como un camafeo sonrosal que poseyese, lo más, catorce años habladores cuando él la conoció.

Se llamaba Leonor, Leonor Izquierdo Cuevas, y en el comedor de la modesta pensión de sus padres, donde a D. Antonio se le aparecía, ¿qué significaba para Machado?... Nacida en Almenar de Soria, humilde hija de un guardia civil, en la estancia donde también nació la hija de los condes de una becqueriana leyenda, por ser el palacio de éstos el cuartelillo del Cuerpo del pueblo; su destino parecía caprichosamente marcado por la Providencia con un ligero airón romántico que quizá ni sospechara. Bien pronto hubieron de trasladarse sus

padres a Soria, en una de cuyas calles más tradicionales, la de Teatinos, establecieron una casa de huéspedes. Y un buen día, no mucho tiempo después, llegó a ella el profesor.

Describir cómo sería el encuentro y la sutil madeja de estos amores entre el vate denso y cosmopolita y esta criatura juguetona, pero con un provincianismo angélico de escolanía, no cabe aquí. Si acaso, diremos cómo, según nos refieren, él la seguía de lejos por la otra orilla del Duero cuando Leonor iba de paseo con sus tías y hermanillos, entre los chopos y los álamos, por aquel camino que hoy es su Rincón. O, cómo tras de su ventana la miraba en el balcón frontero o escuchaba embelesado sus paliques. El catedrático—y en esta consideración sí que entra esa tiesa palabra—le doblaba la edad. Pero, lo que sí sabemos de cierto es que fué un amor reconcentrado, mudo y aéreo, hasta que el poeta al año y medio la pidió a la madre en matrimonio.

Fué un noviazgo rápido. Leonor Izquierdo no había recibido educación artística alguna, pero a través de sus penas familiares había visto mucho de lo humano y, precozmente, sabía, no estilos ni escuelas de arte, sino lo que era el ansia, que la trastornaba, de lo bello. Probablemente, por lo íntimo e inconsciente, era éste un deseo más profundo en ella que en Machado. Ella no se podía engañar ni en sueños. Y cuando tropezaba con algo maravilloso, describía cual nadie su gozo, graciosamente ingenua.

Por los vidriados poros de esta viña en primavera, le baten a Don Antonio las sienes los perfumados Campos de Castilla. Con un «A mi Leonor de mi alma» en dedicatoria manuscrita, hechos pluma y hoja, se los pone a ella en las manos. En el otoño, los yermos calcinados le abren su jardín de ponientes, y ella, efímera, es como una mariposa que se le hubiese introducido en el pecho. Es no sólo su mujer, sino la dueña absoluta de todos sus cauces hondos. Mas dos años tan sólo. Un aciago día, la mojadura de una tarde lluviosa de Francia—donde él ha de morir únicamente con su recuerdo—la postra como a un lirio para el que ya no habrá pascua resurrecta. Y vuelven

a la ciudad en que él, desasosegado, hallara este junco de Numancia.

Después de seis meses de agonía para los dos, cuando muere esta "madrecita en flor" que no dió fruto, el balcón está abierto en el crepúsculo. Era el 1 de agosto de 1912. Durante seis meses Antonio no se aparta de su lado y Leonor le consuela. Han recorrido todas las rutas del aire en las mañanas. Pero esa noche de verano le han dado el viático a la dulce compañera. La muerte ronda su lecho y la aniquila. Hincado de rodillas, Machado, que rezaba, no puede creerlo, coge sus manos y grita: ¡Es un colapso! ¡Es un colapso!... Luego dirá:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

